

## UNA PLANTACIÓN DEMASIADO LEJOS

Sabían que enfrentarían una reacción violenta, ya que Temucucui se jacta de ser un “espacio liberado” y por eso acudieron con refuerzos de todo el país. Sabían -también- que los atacarían con armamento de guerra, por lo que sus oficiales estaban protegidos y premunidos de armas letales. Sabían que, hipócritamente, para una parte del mundo de los DD.HH. la vida de un comunero vale más que la de un *winka* y muchísimo más que la de un policía, por lo que adoctrinaron cuidadosamente a los cientos de oficiales participantes. Sabían que los comuneros violentos emboscan cortando caminos y disparando parapetados, por lo que contaban con helicópteros de vigilancia y con su grupo táctico estrella. Inteligencia no faltaba: había informaciones de un actuar paramilitar, del empleo de fusiles de guerra, de emboscadas y cortes de caminos, del proceder violento de grupos narco y de su relación con la insurgencia de origen mapuche y de ésta con la guerrilla colombiana.

Aparentemente, lo que no consideraron -porque son policías y no militares- es que entrar en una única columna a territorio rural controlado por la delincuencia es una invitación al desastre: Claro, eso se enseña en las academias de guerra de las FF.AA. y no en las de estudios policiales. De otra manera, por ejemplo, habrían estudiado la operación Market-Garden de la Segunda Guerra Mundial, donde los aliados reaprendieron la lección a costa de una dura derrota. De ahí el libro de Cornelius Ryan y la película de 1977: “Un Puente demasiado lejos”. Tampoco advirtieron que en terreno abierto es inefectivo emplear armamento letal -pistolas en este caso- de un alcance muchísimo menor que aquel de los fusiles que los atacarían. Por eso los policías fueron neutralizados y obligados a retirarse: les faltó poder de fuego. Tampoco comprendían que es inconducente contar con una aeronave en vigilancia, sin poder responder a una emboscada insertando fuerzas a la retaguardia de los atacantes. No esperaban que sus comunicaciones fueran interferidas, ni contaban -aparentemente- con un puesto de mando en terreno que conociera en tiempo real lo que detectaba el helicóptero de vigilancia y pudiese coordinar una respuesta efectiva. Eso se llama “conciencia situacional” y también se enseña en las academias de guerra.

Por todo lo anterior es que la diligencia judicial en Temucucui culminó mal: hubo bajas -incluso una mortal- y no se cumplió a cabalidad la orden judicial. Además quedó patente que en Chile existen territorios donde el Estado es impotente ante la narcoviolencia y que las policías no están preparadas aún para escenarios de insurgencia rural. Adaptar a las policías a este nuevo escenario es una urgencia, como también lo es elaborar un plan que enfrente el fenómeno coordinadamente y en todas sus dimensiones, porque la solución no es exclusivamente policial.

Lo lamentable es que todo era previsible y -peor aún- que el Estado de Chile posee los recursos humanos y materiales para haber realizado una actuación muy distinta: En Chile contamos con equipos tácticos de comunicaciones inmunes a interferencias, tenemos sofisticados drones de vigilancia, existen puestos móviles

de mando y nuestras policías poseen helicópteros con la capacidad de insertar fuerzas de respuesta a una emboscada.

Como país no nos faltan recursos humanos, conocimientos ni material, de lo que carecemos, es de una visión consensuada de cómo actuar en la Araucanía con todos los recursos políticos, económicos, sociales y de seguridad del Estado. Peor aún, carecemos también de un acuerdo político que acepte que el narcotráfico se nos está escapando de las manos y que en la Araucanía existe una insurgencia rural mezclada con narcotráfico que crecientemente sobrepasa a las policías, policías que son -después de las víctimas y del propio pueblo mapuche- la tercera víctima de este impasse político y social.

OSCAR ARANDA MORA  
CONTRAALMIRANTE (R)